

“Escribir la vejez. Tres ficciones cubanas”¹
Dra. Zaida Capote, Instituto de literatura y Lingüística.

Idealmente, una desearía enfrentar el proceso de envejecimiento con dignidad y hallar políticas públicas y actitudes solidarias con la posible fragilidad o discapacidad resultante. La realidad, sin embargo, es mucho más compleja que una proyección volitiva. Discutir la vejez desde la ficción, como hacen estas tres narradoras cubanas, en su ilustración ficticia de los conflictos, puede servirnos para exponer realidades de esquivada pronunciación en las discusiones cotidianas.

El asunto de la vejez y el envejecimiento ha sido tema de reflexión desde tiempos remotos, baste recordar el *De Senectute* de Cicerón. Envejecer es cambiar, y ese cambio implica también la transformación de las capacidades propias, tanto como de la relación con los demás. La pericia acumulada no solo en la experiencia práctica, sino emocional, es otra característica que pudiera añadirse al discernimiento del proceso. Sin embargo, tales ganancias no suelen considerarse cuando pensamos la vejez y el proceso de envejecimiento, a pesar de que los antiguos nos legaron homenajes, representaciones y elucubraciones suficientes para dignificar ese tránsito hacia la muerte, pues también lo es. La sabiduría y la experiencia (que no son lo mismo) van perdiendo eficacia en un mundo donde parece estar disponible la información en cualquier reducto electrónico y la juventud se convierte en un valor en sí misma. La instalación de cierta preponderancia de lo productivo o útil (entendido estrechamente) sobre la espiritualidad pareciera aportar también cierta tensión a nuestro modo de entender y enfrentar la experiencia del envejecimiento.²

En Cuba la esperanza de vida es bastante alta, y el envejecimiento poblacional, acentuado por la baja natalidad de las últimas décadas y la emigración de personas en edad laboral,

¹ La versión original de este texto se publicó en “Escribir la vejez, tres cuentistas cubanas”, en Aída Díaz Terrero-Bollaín (ed.), *Un pacto con la soledad. Envejecimiento y vejez en la literatura en América Latina y el Caribe*. Editorial Tirant lo Blanc, Valencia, 2019, pp. 311-334, e incluía un análisis de “El viejo, el asesino y yo”, de Ena Lucía Portela y no “Verena”, de Dazra Novak. Para esta conferencia en el ICIMAF hice la sustitución para eludir los conflictos internos, podría decirse, del campo literario y centrarme en la relación intergeneracional.

² Mis recuerdos de cómo nos enseñaban en la escuela *El viejo y el mar*, de Hemingway, canto a la voluntad de imponerse al mundo a pesar de la propia debilidad (“el hombre puede ser vencido, pero no derrotado”, repetíamos), o el cuento “Francisca y la muerte” (incluido en *El hilo y la cuerda*, de 1974), de Onelio Jorge Cardoso, donde la muerte persigue hasta el agotamiento a una anciana (de sesenta años) a la que nunca puede alcanzar porque trabaja y se mueve todo el tiempo, incansable, podrían ilustrar el cambio de nuestra percepción de la vejez, por contraste con los cuentos que estudiaré aquí.

suele ser tema de discusión en la prensa y el parlamento, tanto como en la mesa donde se juega dominó.³ Enfrentar la atención de quienes han llegado a la ancianidad en momentos en que las prestaciones estatales se han contraído estentóreamente es una especie de trauma colectivo que vivimos casi sin advertirlo, pero que aflora consistentemente en los relatos culturales. Podría comprobarse, mirando hacia el pasado, la preponderancia de lo joven en momentos específicos de nuestra narrativa. En los años sesenta, con la pujanza de la revolución reciente y las cotidianas movilizaciones, los mayores no eran ciertamente un segmento atractivo. El canto al compromiso con los nuevos tiempos usualmente quedaba ilustrado con jóvenes potentes, dignos, cuyo drama se dirimía a menudo en el conflicto entre la vida pública (y las necesidades de los demás, de la sociedad) y el espacio privado (las solicitudes familiares o amorosas). La pujanza del cambio, la promoción de lo nuevo, no solía mostrar conflictos generacionales sino políticos las más de las veces. Esa comunión, pudiera decirse, se mantuvo, como en tantos otros campos específicos, durante mucho tiempo. Por años, el enfrentamiento entre lo nuevo y lo viejo no se representó como conflicto entre personajes cuya diversidad etaria justificara sus divergentes posiciones, sino que se privilegiaron otros puntos de caracterización: procedencia social, por ejemplo. La movilización colectiva que significó la revolución cubana de 1959, la variedad de proyectos que debían ser asumidos por amplios segmentos de la sociedad (la Campaña de Alfabetización, entre otros), trajo consigo esa suerte de borradura de las diferencias. Durante varias décadas ser viejo o joven no concitaba mayor dificultad que estar o no a tono con los nuevos tiempos. La narrativa cuya pujanza se dirimió en esos años puso en claro esas diferencias ideológicas y sociales sin hacer énfasis en la edad de sus protagonistas. Esa opacidad, si podemos llamarla así, se mantuvo durante mucho tiempo.

Si pensamos, por ejemplo, en *Dos viejos pánicos*, de Virgilio Piñera, obra galardonada en 1968 con el Premio Casa de las Américas, recordaremos que sus protagonistas, Tota y Tabo, son dos viejos aturdidos, abandonados y timoratos, permanentemente esperando la llegada de algo y fantaseando con la muerte propia y las muertes ajenas, pasando continuamente del lugar de la víctima a la del asesino, imaginando cómo matar la muerte

³Alberta Durán Gondar, Ernesto Chávez Negrín, “Una sociedad que envejece: retos y perspectivas”, *Temas. Cultura, economía, sociedad*. La Habana, abril-junio de 1998, número 14. Consultado en http://temas.cult.cu/articulo_academico/una-sociedad-que-envejece-retos-y-perspectivas/

que acecha en cada rincón del cuarto donde parecen confinados y quemando efigies de niños y jóvenes como venganza por su decadencia. Llama la atención que Piñera indicara que sus personajes eran “una vieja de sesenta años” y “un viejo de la misma edad”, pues los sesenta años son apenas la frontera del paso a la llamada tercera edad. La decrepitud representada por los personajes de Tota y Tabo parece extraña hoy, cuando la esperanza de vida en Cuba ha remontado los 78 años,⁴ y muchos dudarían en calificar como ancianos a personas de sesenta.

En la solapa del libro uno de los miembros del jurado que lo premió alababa el “delirante monólogo a dos voces en que el tema puede ser tanto el mito del eterno retorno, como el espanto a[n]te la senilidad, como el temor en sí [...], como la crítica de una generación prefigurada por la sociedad de clases y el liberalismo, una generación que ha perdido la elasticidad de sus reacciones y no encuentra la forma de recuperar el sentido de lo histórico”.⁵ Poco más adelante contraponía esos balbuceantes personajes a la pujante realidad de la Cuba revolucionaria, coherentemente con la percepción de los nuevos tiempos.

Dos viejos pánicos resulta un marco eficiente de lectura de estos cuentos en que la representación de la vejez descubre esa tirantez generacional que en la obra de Virgilio era solo puesta en escena, deseo, fingimiento, irrealidad. Si Tabo canaliza su odio a la juventud en la labor cotidiana de recortar figuras de jóvenes y niños de las páginas de las revistas para luego quemarlas, haciéndolos desaparecer de su vista, ese gesto es más simbólico que real, un ritual de afirmación desdeñoso de la realización efectiva del acto de matar. La muerte, personificada como acechante miedo imaginario, es también parte de ese juego de la imaginación y la impotencia, de la vivencia de la vejez como imposibilidad, aunque, no hay que olvidarlo, se trata de Piñera, y por eso los personajes, muertos de miedo a la muerte, se burlan de sí mismos, y de la vida, tanto como de la muerte, sin cesar. Leída en su momento como obra desasida de la realidad revolucionaria de la hora,⁶ esta obra en dos actos no se representó hasta 1990, bajo la dirección de

⁴ Oficina Nacional de Estadística e Información, *Panorama económico y social. Cuba 2015*. La Habana, 2016.

⁵ En Virgilio Piñera, *Dos viejos pánicos*. Premio Casa de las Américas 1968. La Habana, Casa de las Américas, 1968.

⁶ Leopoldo Ávila, “Dos viejos pánicos”, *Verde Olivo*. La Habana, noviembre 6, 1968, p. 18. Bajo seudónimo, este autor recriminaba a Piñera porque “Su frustración se amarra de tal manera a sí misma que la obra resulta extemporánea, totalmente ajena a nosotros, extraña a esa manera de ser cubanos que Piñera ha defendido alguna vez como característica de su teatro. [...] Por este camino solo lograremos en arte el nivel de copiadoreos asombrados del último grito europeo y ofrecer el contradictorio espectáculo de una Nación en posiciones de vanguardia y un arte a la cola, imitadora del arte del decadente capitalismo mundial”.

Roberto Blanco y con las interpretaciones de Hilda Oates y Oscar Valdés, en una puesta memorable.

La avalancha de referencias al deterioro corporal justifica la preeminencia de *Dos viejos pánicos* en el tratamiento del envejecimiento en la literatura cubana. Cito: “Mira (mientras habla se va tocando la cara.) Mira, por aquí arrugas, y por aquí más arrugas, y por aquí patas de gallina, y por aquí bolsas, y por aquí cráteres, y por aquí zanjas. (Vuelve a reír.) Y por aquí (Se toca los senos.) me llegan a la barriga, y las manos, ¡mírame las manos! no pueden más con la artritis. (Pausa.) Y tú estás peor que yo. Todos mis achaques, y encima de eso, tu próstata... Al menos yo todavía no me orino, pero tú, un reguero, viejito, un reguero... Más el olor (Escupe).”⁷ Algo así no volvería a verse en la literatura cubana hasta momentos más recientes donde la representación, sin embargo, aparece en voz de otros personajes o del narrador. Tal es el caso de los cuentos “Verena”, de Dazra Novak; “La madre y la paz”, de Lourdes González Herrero, y “Fugas”, de Aida Bahr.⁸

Si en *Dos viejos pánicos* el conflicto provenía del envejecimiento de los protagonistas, de sus múltiples pérdidas (no solo de habilidades, belleza o salud, sino también de sus pérdidas simbólicas) en los tres cuentos mencionados el enfrentamiento ocurre entre personas de distinta condición etaria e ilustra una oposición que el mundo autosuficiente y cerrado de la obra de Piñera imposibilitaba. Los viejos Tota y Tabo se recriminan mutuamente su decadencia, pero también las traiciones previas, las infidelidades, los engaños que siguen ejercitando para provocar el miedo del otro, un miedo, por demás, que ambos comparten y del cual parecen liberarse por vía de la inundación verbal más que por sus acciones.

En los cuentos que veremos aquí la oposición dramática entre los viejos y los jóvenes toma formas diversas: entre una joven cuidadora y una anciana silente, pero activa a su modo; entre una niña que ha sido abandonada en el mundo real, pero también imaginario, de su bisabuela, perdida en sus recuerdos y sus cuentas pendientes con la vida, y entre una hija que debe velar por la salud y la sobrevivencia de la madre a costa de su propia felicidad. Curiosamente, aquí la muerte es una realidad, no una amenaza, y se palpa de distinto modo en la atmósfera de cada uno de los cuentos, que ubican su trama en ámbitos diversos. Dazra Novak registra la densidad del deseo y la evocación sensual de un pasado

⁷ Ob. cit., pp. 31-32.

⁸ “Verena” se incluye en Dazra Novak, Minandre. Santa Clara, Sed de Belleza, 2020 (epub); “Fugas” en Aida Bahr, *Ofelias*. Premio Alejo Carpentier de Cuento, 2007. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2007, pp. 64-86, y “La madre y la paz” en Lourdes González Herrero, *La sombra del paisaje*. Premio “Guillermo Vidal” Uneac de Las Tunas. Ediciones Unión, La Habana, 2009, pp. 27-34.

grato en un presente de violencia cotidiana y maltratos. Ese recuerdo y su vínculo con el presente, alimenta a la anciana protagonista. La niña imaginada por Aida Bahr proviene de Santiago de Cuba, la segunda ciudad en importancia del país, y se halla de repente en medio de un mundo rural cuyos códigos desconoce; pero también parece haberse trasladado a una realidad paralela a la que terminará por incorporarse, la de la locura de su bisabuela. La hija rezongona que debe cuidar de su madre en el relato de Lourdes González Herrero fantasea con la muerte de la anciana y su deseada liberación del papel de cuidadora perpetua, con la consiguiente anulación de sus deseos y añoranzas. Resumo la trama de los relatos, para ilustrar más claramente estas reflexiones.

En “Verena” el choque generacional proviene de un modo diferente de enfrentar la vida, el uso del tiempo, el trabajo como centro de la identidad y, además, por la pérdida de autoridad que la impotencia del envejecimiento trae consigo. Verena, la anciana, fantasea con el abrazo del novio de su ¿nieta? No lo sabemos. De su cuidadora poco atenta. Y a pesar de la violencia cotidiana, en ese minuto ella es feliz.

En “Fugas”, una niña es abandonada por su madre en la precariedad material y la tortura emocional de la compañía de una bisabuela hasta entonces desconocida, inmersa en el pasado y enajenada casi por completo de la actualidad. Olvidada por todos, la vieja vive simplemente, repitiendo cada día la rutina doméstica y agreste de su soledad, dialogando con sus muertos y escapándose cada vez que puede al pasado, como si intentara reparar las tragedias familiares ocurridas mucho tiempo atrás. La niña, criatura de ciudad, encuentra todo lúgubre, desangelado; pero no se trata solo de su percepción. Su madre la ha dejado allí por una semana, para irse a La Habana, presumiblemente (es algo que no se explicita en el texto) a “jinetear”, o sea, a buscarse un marido extranjero que las saque del país (como último recurso para convencerla, le promete que a su vuelta se irán juntas a Italia) y la vieja apenas advierte su existencia, salvo cuando la registra como una aparición, algo venido de otro mundo. En tanto aparición inexplicable, la intrusa debe ser combatida y, cada vez que puede, la anciana la emprende a palos o a gritos contra la niña. Hambreada, temerosa, contagiada incluso con el espiritismo de su bisabuela, en la más absoluta soledad a pesar de convivir con alguien —si pudiera calificarse de convivencia el maltrato, la huida y el ocultamiento perpetuos—, la niña termina por agredir a la vieja, dándole muerte.

En “La madre y la paz”, una hija en trance de envejecer debe cuidar a su madre anciana, achacosa por la arterioesclerosis. La madre apenas habla, solo grita, grita constantemente, exige agua, abrigarse, cualquier cosa; para la hija sus deseos son solo agresiones, pues

por causa de la madre ella no puede vivir su vida en paz. Finge todo el tiempo ser la más solícita y preocupada, pero se recrimina constantemente por la mala suerte de ser responsable de cuidar a la exigente anciana, sin tiempo para sí misma ni espacio para sueños. La agresión aquí no llega a la muerte, es solo un episodio de desesperación, pero pronto consigue volver al fingimiento. La equivalencia con el título de Tolstoi expone la realidad oculta que, hipócrita, vive dentro de sí: para ella su madre es la guerra, una guerra cotidiana a la cual quisiera sobrevivir, pero nada le asegura que pueda hacerlo, más allá de sus deseos.

Como se ve, los tres cuentos asumen el retrato de la vejez desde distintos ángulos, aunque comparten varios elementos. En todos la persona anciana comparte escenario con un oponente (o varios) para manifestar las peculiaridades de la vejez.

“Verena” es el título del cuento de Dazra Novak y el nombre de su protagonista, una anciana inválida que, puede, no obstante, decir lo que piensa. Como típico enfrentamiento entre pasado y presente, juzga a su cuidadora (al parecer, su nieta), desde su experiencia; una vida difícil de mucho trabajo y las infidelidades del esposo. La joven solo grita y la desautoriza; la venganza de Verena consiste en ensuciarlo todo y en entregarse ilusoriamente a Carlos, ¿el novio? de Laurita, que así se llama la joven, para volver a sentir el sofoco del deseo, a pesar de su vejez. El cuento enfrenta a su vez dos registros de habla: la soez gritería de la impaciencia de la joven y la evocación del amor pasado en la anciana; la vitalidad de la juventud libre en sus afectos y la impuesta fidelidad a un hombre infiel. Dos registros que se superponen uno a otro como si cada una estuviera viviendo en un tiempo distinto; la vieja, convencida de que su modo de vivir fue ejemplar; la joven, aburrida de oír la misma cantaleta día tras día. Veán el contraste:

-Yo nunca tuve tiempo para perderlo, como hacen ustedes -le dijo a Laurita-. Yo trabajo desde que tenía diez años. [...]

Laurita levanta las cejas en señal de cansancio. Esta vieja siempre con la misma cantaleta. Después empezará con la historia de los novios. [...]

-Yo fui mujer de un solo hombre- prosigue la otra-, y mira que me hizo cosas pero me quedé con él hasta el final. Como debe ser cuando una se casa y después vienen los hijos... No como tú..., yo no sé a quién tú saliste, bueno, sí, debes haber salido a él.

- Verena, cállate ya, vieja -le grita Laurita-, me tienes loca... cojones. [...]

-¡Vieja e'pinga! -grita-, ¿qué ganas tengo de que te mueras para descansar de ti! ¡Si en este país se pudiera comprar una casa ya te habría dejado sola!

Ante la ofensa, la anciana decide vengarse y defeca en el sillón, llena todo de mierda y además ocupa la atención de Carlos, el joven que llega a visitar a Laurita, y que despierta en ella gratas emociones sensuales.

La tensa relación intergeneracional cursa con mayor intensidad en “Fugas”, uno de los relatos de *Ofelias*, libro por el cual Aida Bahr mereció el Premio Alejo Carpentier 2007. La niña Yilian —como ya adelanté— se ve obligada a convivir por unos días con una bisabuela a quien nunca había conocido, Matilde. Aunque no es la primera vez que su madre la ha dejado al cuidado de otros familiares, esos días en el campo serán para ella un tremendo reto emocional. En primer lugar, porque la madre ha decidido ocultarle a la familia su viaje a La Habana, y para eso necesita ocultar también a la niña; no hay mejor lugar que la casa de una bisabuela a quien nadie visita y que vive inmersa en sus propias fantasías, aunque es una anciana autosuficiente en la vida cotidiana. La maestría de la autora se demuestra ampliamente en cómo organiza los diálogos entre los personajes; son parlamentos breves, sin rodeos, tajantes, donde las explicaciones no tienen lugar. Así, la niña pide quedarse con su abuela, quien suele cuidarla cada vez que su madre se va a sus correrías, y solo recibe una explicación a medias: “Tu abuela no puede saber que voy a La Habana, ¿me entiendes?” (Bahr: 65)

A partir de esa primera escena, el peso de lo secreto, los silencios, lo no dicho, la incomunicación, en fin, cobra mayor realce en la anécdota narrada. Sin posibilidad de comunicarse solventemente con la anciana, anfitriona que ignora que lo es, la madre abandona a la niña en la casa donde Matilde comparte sus días con los recuerdos y las imágenes de sus seres queridos, ya muertos. En esa atmósfera de muerte y desamparo, la pequeña va descubriendo cómo alimentarse, cómo dormir sin recibir los palos de la vieja, cómo vivir una vida fantasmal, contaminándose, hasta cierto punto, con los espectros convocados por la torcida memoria de la bisabuela. En el recuento de su breve vida, y de los inconvenientes sucesivos que la vida secreta de su madre le ha traído, pasa revista a las mentiras que debió decir en la escuela (se ha inventado un hermanito enfermo por el cual la madre debe viajar consuetudinariamente fuera de Santiago y ausentarse de todas las convocatorias escolares), un dato plantado sabiamente por la autora y que luego cobrará la significación debida. Plagada de señales significantes, la narración presenta primero a la anciana como una ausencia: “La puerta estaba abierta, pero no se veía a nadie” (Bahr: 67), que termina por hacerse corpórea de un modo poco grato:

—¡Fuera de aquí!

Detrás del ítamo real se había erguido una anciana flaca y oscura; tenía un palo en la mano, y Yilian pensó que lo agitaba más como una vara mágica que como un garrote con el cual golpear. Leticia reaccionó:

–Soy yo, abuela, tu nieta Leticia, y esta es mi hija Yilian.

La vieja no bajó el palo ni suavizó la voz al hablar:

–¿Nieta mía? ¿Hija de quién?

–De Agustín.

Esta vez la anciana cambió de actitud, aunque no pareció disminuir su desconfianza. Bajó el palo y se sacudió el desteñido vestido negro antes de decir:

–Agustín no está muerto. Nunca viene a verme.

[...]

–Todos se han ido. Solo quedamos Consuelo y yo.

[...]

–Consuelo está muerta.

–Por eso no puede irse. Contestó Matilde sin volver la cabeza.

La presentación de la anciana, inmersa en un mundo propio, abandonada por todos salvo por sus muertos, es sencillamente magistral. El lenguaje seco, con oraciones breves, sin ornamentos vanos (los que hacen la cortesía de un intercambio cualquiera), la muestran enteca no solo de cuerpo sino de mente y corazón. Agotada por la soledad, olvidada de toda su familia, Matilde vive un espacio donde su autonomía proviene, precisamente, de esa soledad que cultiva y mimra para vivir en paz con su hermana muerta. La irrupción de la niña en esa realidad a medias espectral será el detonante del conflicto donde ambas se enfrentarán casi sin advertirlo. A partir de ese momento, y con la partida de la madre, la narración adopta el punto de vista de la niña, y las apariciones de la anciana son parciales (“las piernas flacas”, “una mano huesuda”, “la mano y el brazo” (Bahr: 70), contaminando, si se quiere, de ese “desmembramiento” el cuerpo de la niña, empujada a similar abandono por su madre: “El ruido de los pasos al alejarse por el patio le devolvió la conciencia del resto de su cuerpo. Le dolieron los dedos engarrotados en torno a la pata de la mesa, las rodillas hincadas en la tierra, el estómago que se revolvía en ácidas oleadas”. (Bahr: 70) La invisibilidad inicial de la niña (a quien la bisabuela solo advierte para agredirla como alguien ajena a su entorno doméstico, ilustra también esa imposibilidad de su relación. Con el paso del tiempo, la anciana “verá” a la niña, pero de un modo peculiar; no tiene idea de quién es, de dónde viene, por qué está ahí, y la trata como una agresora, una amenaza a su tranquilidad cotidiana, una presencia extraña a su mundo de fantasía, atacándola cuando la ve. Habla con su hermana y reacciona a cada ruido hecho por la pequeña con una acusación a Billito (¿su sobrino?), un personaje al que injuria de vez en cuando, pero al que le prepara comida y acepta para complacer a su hermana. En una breve tregua, conversarán, pero la vieja la confunde con su madre,

Leticia, y la acusa de mentirosa, e incluso le da un empujón que la echa por tierra. La convivencia en paz parece, por lo visto, imposible entre ellas. En otro momento, al advertir la presencia de Yilian en la cocina, Matilde “dio un grito, lanzó al suelo la ropa lavada que traía en los brazos y agarró el palo. La niña no intentó dar explicaciones, soltó al gato y echó a correr.” (Bahr: 78) Para colmo, en otro momento sorprende a la anciana en un momento de lucidez y coherencia aparentes, teniendo una conversación con su hermana muerta, a quien avisa: “Cada vez que Billito regresa me pongo nerviosa. Y también está lo de la niña [...]. Alguien la mandó. Tengo que sacarla de la casa. Ella no pertenece aquí.” (Bahr: 79) Esa velada amenaza es quizá la posibilidad de salvación (de la locura, de la desmaterialización contagiosa que la niña empieza a padecer), que se revela cierta cuando la pequeña escucha a una doctora que ha venido a visitar a la anciana y corre para alcanzarla, pero no lo consigue. Entonces, a punto de darse por vencida, mientras ve alejarse a la médica a lomos de un burro, empieza a percibir “un vacío extraño dentro de sí, como si estuviera ausente de su propio cuerpo”, con lo cual se confirma el vaciamiento de sí misma que está teniendo progresivamente lugar, condimentado con la percepción de creciente certeza del mundo irreal donde habita la bisabuela, pues empieza a sentir como efectivamente existentes a Consuelo y Billito, hasta ver a la primera acostada en su cama, sonriéndole, y gritar por su ayuda cuando Matilde la amenaza de nuevo con un cuchillo. Exhausta y hambrienta, come de las sobras que la anciana deja en el caldero; cuando la sorprende, la acusa de comerse la comida de Consuelo, y de robar: “¡Fuera de aquí, niña ladrona!”; pero la niña le arroja una sartén y en su caída la vieja se golpea y muere. Luego aparece una vecina que viene a traer un encargo y descubre el cadáver de Matilde, la niña solo atina a gritar: “¡Yo no hice nada! ¡Toda la culpa es de Billito!”), como heredando, si cabe, la insania de su bisabuela.

La atmósfera estrictamente femenina del cuento (todos los personajes son mujeres, excepto el referido y enigmático Billito, que parece ser un hijo de Consuelo, también muerto) ofrece un catálogo de edades y comportamientos (la madre, la doctora, la abuela Zoila y hasta la vecina son personajes coherentes con el mundo real; cada una cumple una función en el cuento, bien sea nimia). Sin embargo, las oponentes, Matilde y Yilian, distantes por su condición etaria, pero también por su procedencia (el campo y la ciudad) componen un cuadro intenso de las relaciones familiares entre la vejez y la niñez. Ambas, cada una a su modo, han sido abandonadas a su suerte por Leticia y los otros miembros de la familia; hasta la abuela Zoila, que se hace cargo de la niña cuando la madre se va, termina devolviéndola cada vez:

Lo más que hacía Zoila era pelear porque la niña llegaba siempre muy flaca, con algún grano infectado, o vestida con cuatro trapos: la cuidaba, la curaba, la vestía, pero siempre acababa pidiéndole a Ramón que la llevara de vuelta a Santiago y la entregara a Leticia:

–Ella es la madre. Le toca. (Bahr: 65)

Tanta carencia, material y afectiva, las reúne simbólicamente y justifica quizás el traspaso a la niña de la agresividad de Matilde o, incluso, de la locura que parecen terminar por compartir. Víctimas de una visión que juzga a la gente por su utilidad, deben salir de circulación porque ninguna de las dos puede aportar valor alguno; en un mundo dominado por los intereses de los demás, los suyos no cuentan, ni sus afectos. De todos modos, Matilde aparece aquí, aun en su locura o su alejamiento de la realidad, como una anciana autosuficiente y capaz de solventar sus necesidades diarias, salvo, claro está, las de corresponder (o intentar hacerlo) a un cariño familiar ausente cuya añoranza la lleva a imaginar la compañía de su hermana muerta y la retrotrae continuamente al pasado. Su validez en la práctica del trabajo cotidiano no le basta para lidiar con el abandono familiar ni con la presencia de la niña, y su tránsito hacia la agresión podría estar escenificando *in extremis* la tensión generacional que, lejos de acercar a ambas, las enfrenta. La trama de “Fugas” no edulcora nada, entecos como los parlamentos de sus personajes son los afectos que pueden llegar a profesarse las personas de esa familia dispersa.

Edulcorar, fingir para no atraer demasiado la atención de los testigos acerca de la difícil relación que tiene con su madre, parece ser, sin embargo, el mayor afán de la protagonista de “La madre y la paz”, de Lourdes González Herrero. Con un epígrafe de Edmundo Desnoes (“La mirada del otro puede cambiarle la vida a uno”), el cuento escenifica la tarea de cuidar a su madre por la cual una hija, ya madura, se ve acorralada no solo en su existencia real, sino incluso en la imposibilidad de sus sueños menos ambiciosos:

Son siete los años en que no ha podido ver ni una película en el maldito televisor, no puede tampoco bañarse sin apuro dejando que el agua caiga del jarro sobre su espalda, lentamente. Lo hace todo como si padeciera una obsesión, como si la estuviera persiguiendo un toro, como una endemoniada. (González Herrero: 27)

Esta es una visión de la vejez desde la perspectiva de la persona dedicada al cuidado del anciano. La hija, que cada día debe alimentar, bañar y atender en todo a su madre, termina desarrollando un profundo resentimiento por quien llega a ver como un impedimento a su tranquilidad (esa paz del título que es cita indirecta de la obra de Tolstoi, remite

también a la historia minúscula y cotidiana, en contraposición a la “gran historia” de la vida pública). Para salvarse del juicio ajeno, no encuentra otra vía que fingir:

Tiene que disimular con los vecinos. Acariciarla en presencia de ellos y llamarla: Bonita, mira quiénes te han venido a ver, saluda, diles cómo estás, diles bieeeen, mira, te trajeron un dulce, diles gracias, a ver, bonita.

Sabe que los vecinos la espían, que están siempre dispuestos a criticarla aunque su madre se pase toda la noche gritando como una hiena, como una pantera. Pero por muy bestia que suene, no la impresiona, ni de madrugada, cuando el silencio potencia su graznido alucinante. (González Herrero: 27)

La animalización de la anciana es un síntoma evidente del desamor de la hija, oprimida como está por una vida que no eligió, y por la ilusión que debe alimentar, pues “los demás quieren pruebas [...] para poder afirmar que ella está loca por que su madre se muera”. (González Herrero: 28) Sueña con huir, correr lejos de la madre ruidosa y demandante, pero bien atendida, limpia, vestidita con primor, mientras ella, la hija, la más joven de las dos, empeora cada día (“Parezco un adefesio, una bruja de aldea, bueno, en realidad parezco una loca, con este pelo sin teñir, las uñas rotas, el pecho crujiendo”) y fantasea no solo con la muerte de la madre, sino con la propia, tanta es su desesperación, aunque es una posibilidad que la exaspera enseguida, solo para instantáneamente volver al redil y a las buenas maneras, aunque no sin ironizar: “La cuidará hasta que la muerte se la arrebatte y ella se lo agradezca mucho”. (González Herrero: 28) Así transcurre su día a día; recibiendo las visitas que vienen a saber de su madre, fantaseando con abandonarla o asesinarla, o simplemente soñando con un accidente que la desaparezca de su vida; fingiendo siempre que cumple abnegadamente el papel de atenta responsable del destino de la anciana, una labor que ocupa toda su vida; “ni por la tarde puede hacer otra cosa que no sea de la madre, la madre, la madre, que grita más fuerte desde que se fue la directora”. (González Herrero: 32)

Asistiendo a su madre, la protagonista de este cuento ha perdido la posibilidad, dice, de “envejecer con elegancia”, como soñara, y llega a fantasear con apresurar la muerte de la anciana, para enseguida llamarse a capítulo en esas culposas reflexiones: “no puede, es su madre, no una vieja cualquiera, a una vieja cualquiera ella no tendría que soportarla”. (González Herrero: 33) En todo caso, continúa fingiendo ante todos mientras piensa constantemente en cómo aliviar su propio padecimiento, para que nadie pueda decir “que ella no cuida correctamente a su madre, devota, como la mejor hija del mundo”. (González Herrero: 34)

Si se piensa bien, la tragedia de esta hija desamorada a fuerza de la multiplicación de carencias (de afecto, de complicidad, de descanso) expone el asunto del envejecimiento y la asunción de la vejez como un proceso más allá de la experiencia individual. La incidencia que el envejecimiento, y la pérdida de recursos como la lucidez, puede tener en el medio familiar del anciano, se desnuda aquí en las reflexiones íntimas de esa mujer, ella misma en trance de envejecer, y consciente además de que el proceso, en su caso, ya ha comenzado. Una de las ganancias del esperpéntico texto de González Herrero sobre el desgaste emocional de quien se encarga de velar por la salud e higiene del anciano discapacitado es su hallazgo del tono exacto de la voz popular, algo demostrado ya en otras de sus obras, pero que aquí aflora en cada reflexión de la hija, que parlotea en su imaginación con la sabrosura del habla cubana.⁹

En el caso cubano (una realidad que este relato ilustra con holgura), la idea de que esa madurez comprometida en el cuidado de sus mayores no será correspondida¹⁰ es uno de los temas más urgentes en la discusión cotidiana sobre el envejecimiento poblacional, que —ya lo he dicho— aumenta cada vez más con la baja natalidad, el aumento de la emigración y la ampliación de la esperanza de vida, que en 2015 era de 78,45 años. La gestión de la vejez, si pudiera hablarse así, ha sido promovida por políticas estatales como los Círculos de abuelos, donde los ancianos se relacionan con otros, hacen ejercicios, proyectan excursiones, bailes y otras vías de recreo y —en las llamadas Casas— tienen garantizada la alimentación. Especie de asilos diurnos, estas Casas han proliferado en las ciudades cubanas para hacer frente al envejecimiento de un amplio segmento de la población; pero suelen ofrecer servicios a ancianos autónomos, no muy dependientes, y el número de plazas disponibles es escuálido. Para los ancianos en capacidad de emplear su tiempo libre en estudiar y aprender, se han abierto también los programas de Cátedras

⁹ En cuanto al desgaste emocional, piénsese cuán gratificante resulta cuidar a un niño, en cuya vida todo es promesa, futuro y aprendizaje, y cuán desestimulante resulta cuidar a un anciano cuyo único futuro seguro es la muerte y continuamente “desaprende” o pierde sus saberes, incluso sus habilidades afectivas.

¹⁰ A juzgar por su edad, la protagonista pertenece a la generación que vio la luz en los sesenta, cuando, en medio del entusiasmo por el triunfo de la revolución cubana, la natalidad aumentó exponencialmente (en el año 2015, la mayoría de los cubanos tenía entre 40 y 55 años, según la ONEI). Esa misma generación, que es la mía, ha renunciado a la maternidad y la paternidad múltiples y contribuido al envejecimiento poblacional por la reducción de la llamada “tasa bruta de reproducción” (hijas por mujer), que en 2015 era de 0,83. La relación de dependencia (de niños o ancianos por cada mil personas entre 15 y 59 años) también ha crecido, y en 2015 era de 560. Por otra parte, la nueva Ley del Trabajo y la Seguridad Social establece como edades de jubilación 60 años para las mujeres y 65 para los hombres, cinco años más tarde que la norma precedente. Júzguese entonces el desatinado ánimo de esta mujer imaginada por Lourdes González Herrero.

del Adulto Mayor o de la llamada Universidad del Adulto Mayor, adjuntos a instituciones docentes o de investigación, donde reciben clases y discuten sus trabajos de graduación. Los ancianos dependientes (como la madre del cuento de González Herrero), suelen permanecer en sus casas, y aunque un programa estatal garantiza un salario al cuidador, este suele ser cada vez más insuficiente, dado el encarecimiento progresivo de los bienes de consumo y la lenta pero indetenible inflación de los últimos tiempos). Aunque en “La madre y la paz” no haya alusión alguna a la economía familiar, solo el largo lamento de esa hija cuya vida se antoja detenida, esa es una realidad digna de ser tomada en cuenta a la hora de acusar las frustraciones del personaje narrador. El ahondamiento de las desigualdades entre los géneros, que no se aborda explícitamente tampoco en ninguna de las tres ficciones abordadas aquí, es una de las consecuencias más claras del creciente envejecimiento poblacional, porque el cuidado suele recaer preferentemente en las mujeres de la familia, habituadas a hacerse cargo con mayor frecuencia de labores similares. Y, aunque no haya punto de comparación, lo cierto es que los tres relatos ponen a una mujer en el lugar del cuidador, lo cual permite atisbar al menos la preponderancia de la feminización de los cuidados.

Relatadas como un enfrentamiento, las relaciones de estos ancianos con sus oponentes (la nieta, la bisnieta, la hija) cobran cierta validez como testimonio de la situación poblacional que enfrenta Cuba, la cual no ofrece ni una mínima sospecha de mejorar dadas las condiciones económicas actuales y la contracción, con la eterna crisis, de los servicios sociales. Tales podrían ser las razones de que la vejez, en todo caso, sea asumida por las tres autoras como casi naturalmente opuesta a la juventud, la niñez o la madurez de sus oponentes, con quienes el vínculo es manifiestamente competitivo o, incluso, de abierto enfrentamiento.

Este recorrido refuerza la idea de una progresión (o, mejor, de un retroceso) en cuanto a los niveles de autonomía de los ancianos personajes de estas narraciones. Si la anciana del primer cuento puede, a pesar de todo, sentirse dueña de la situación, e incluso manipularla a su favor, ya la campesina del segundo acusa por momentos una desconexión total con la realidad y el presente, mientras la madre del tercero está totalmente ida a causa de la demencia senil y ni siquiera momentáneamente recupera la lucidez. En todos los casos, la solidaridad es una ausencia. En el primero, el hartazgo de la joven la lleva a maltratar habitualmente a la anciana que cuida; en el segundo, ni la anciana ni la niña reciben demostración de amor alguna, y en el tercero, la hija apenas

soporta encargarse de su madre. Son dramas distintos, que transitan de la ironía a la tragedia o a la burla chusca.

En Cuba, donde en medio de las carencias del día a día la vejez solía tener garantizada la atención médica y un moderado consumo alimentario, el drama de envejecer no era hasta hace poco tan violento como en otros países. Si bien se mira, aunque pobremente, los personajes de estos cuentos escritos antes de que nuestras vidas y economías sufrieran el azote de la pandemia, los resultados del llamado ordenamiento monetario y otras vicisitudes, viven sin mucho esfuerzo. Pero las condiciones cambiaron, la crisis permanece y el empobrecimiento de quienes dependen de familiares o del cobro de una jubilación parece imparable. La vejez necesita protección específica del Estado en temas como los de la enajenación de la propiedad, más frecuente tras la liberalización de la compraventa de casas.¹¹ La pérdida de capacidad adquisitiva y de la propiedad de la casa familiar conllevan la disminución de la autoridad y el desplazamiento del rol de “cabeza de familia” a otra generación; pero esos conflictos no han sido representados por Novak, Bahr o González Herrero, quienes apenas han mostrado un resquicio del asunto en cada uno de sus cuentos.

Aun sin ser testimoniales, estas ficciones proveen modelos de reflexión sobre la vejez en Cuba que bien pueden iluminar el tránsito a un porvenir durante el cual los pronósticos auguran un aumento notable del envejecimiento poblacional y la necesidad de continuar haciéndole frente a ese reto social con políticas dignas y solidarias; pero también prometen encontrar en la condición demográfica y social del país fuente de inspiración para las creaciones literarias más inesperadas. Y hacerlo con calidad estilística suficiente como la demostrada por estas tres autoras.

¹¹ La legalización de la compraventa y el alquiler de viviendas y otros bienes, una de las medidas más solicitadas en la discusión popular que se llevó a cabo en Cuba para trazar los lineamientos de desarrollo de la política económica y social, finalmente aprobados por el VII Congreso del Partido Comunista de Cuba, tendrá, como muchas de las nuevas disposiciones, consecuencias, como el incremento de la desigualdad, sobre las cuales no se ha debatido lo suficiente y que precisan de contramedidas o medidas de control para proteger a la población más vulnerable, entre la cual se halla, a no dudarlo, la perteneciente a la llamada tercera edad.